



Capítulo 381 - Sueño de calidad... No existe.

¿Hm?" Ada se despertó con un ligero sobresalto y sus ojos se abrieron lentamente mientras el sonido distante de las explosiones reverberaba en las paredes.

Por un momento ella no entendió. La habitación todavía estaba cálida, la luz suave y las sábanas a su alrededor arrugadas. El mundo parecía seguro.

Pero entonces otra explosión sacudió ligeramente el suelo debajo de su cama.

Ella frunció el ceño, tratando de sentarse— y fue entonces cuando lo sintió. "...Ah", murmuró, llevándose la mano a las costillas.

Me dolían todos los músculos. Como si hubiera corrido un maratón en un campo de batalla con armadura completa... llevando una estatua.

Se giró lentamente, murmurando en voz baja, pero cuando intentó mover la cadera, un dolor agudo y preciso atravesó su base como una daga caliente.

"¿Por qué... por qué me duele tanto la cadera...?" Ella murmuró, exhausta — y luego se congeló.

El recuerdo llegó con la cruel claridad de un destello: ella arqueando la espalda, atrapada entre las sábanas, las manos de Virgilio en su cintura, su voz ronca en su oído... nueve días.

"Ah." Enterró su cara en la almohada por un momento. "Maldita sea."





Intentó girarse de lado, cambiar de posición — y una nueva punzada atravesó la parte interna de su muslo. "¡Dios mío... ¿eso también duele?!"

Ella se detuvo de nuevo.

Ella recordó los gritos. Los gemidos. La forma en que casi perdió la voz al gemir y gritar por la polla de su marido. El golpeteo de la pared. La cabecera se rompió. Un momento específico en el que golpeó el lugar correcto y su útero quedó casi completamente destruido...

Ada permaneció completamente quieta durante unos segundos, con el rostro todavía enterrado en la almohada.

Luego dejó escapar un sonido apagado que era mitad risa, mitad gemido de puro agotamiento.

"...Necesito analgésicos. Y fisioterapia. Y tal vez... alguien que escuche todo esto sin juzgarme. ¿Cuántos días han pasado? ¿Diez? ¿Doce? He perdido la pista. Dios mío... Soy un perverso. ¡Un gran perverso! ¡Me disfracé de conejito para él!"

Intentó moverse e inmediatamente se arrepintió. Una discreta grieta en la columna, seguida de un dolor incómodo en la cadera, hizo que todo su cuerpo protestara.

"Definitivamente voy a morir..." Será mejor que me cure con aceleración sanguínea..."





Otra explosión sacudió la estructura de la casa. Un ruido sordo seguido del sonido de cristales rotos y truenos que no provenían del cielo. Un trozo de yeso del techo se desprendió y cayó junto a la cama.

Ada parpadeó.

"... ¿Qué diablos está pasando ahí abajo?" murmuró roncamente, acercándose la sábana a la barbilla como si la protegiera de diosas enojadas, batallas mágicas o cualquier otro apocalipsis mitológico que hubiera elegido estallar justo después del mejor (y más destructivo) sexo de su vida.

Ada cerró los ojos por un segundo, respiró profundamente... y se concentró.

El calor familiar recorría su cuerpo como un hilo de electricidad líquida, activando la técnica que Vergil le había enseñado— y que ella misma había perfeccionado. Aceleración de la sangre.



Su corazón respondió rápidamente a la orden, aumentando ligeramente su ritmo. La sangre comenzó a circular más intensamente, dirigida con precisión milimétrica a cada músculo tenso, a cada ligamento estirado, a cada hematoma oculto debajo de la piel. Las células se dividieron más rápido, la inflamación retrocedió y el dolor desapareció como niebla al sol. Los huesos volvieron a su lugar. Los tendones y las fibras musculares se restauraron con una eficiencia casi alquímica.

El dolor en su cadera desapareció primero.

Luego el ardor en la ingle, los rasguños en los hombros, la tensión en la espalda.

Y por último, el cansancio.



Cuando volvió a abrir los ojos, el mundo parecía diferente. Más nítido. Como si todo —incluida ella— estuviera en alta definición.

—Cuatro horas de sueño... y me siento como si hubiera dormido una semana entera —murmuró, sorprendida por su voz firme, sin la ronquera de hace minutos.

Ella se sentó inmediatamente en la cama, desnuda, pero sin dudarlo. Ella estaba perfectamente curada. Sus músculos respondieron con precisión, su cuerpo ligero como si acabara de salir de un baño frío y reparador.

Se miró al espejo en el dormitorio —con el pelo un poco desordenado, la piel enrojecida y la mirada todavía ligeramente sorprendida.

"...Bueno, esto es... una locura. Esta técnica es el mejor regalo de citas que alguien me haya dado jamás... Bueno, nunca salí con nadie, simplemente me casé contra mi voluntad... pero si realmente fue bueno, tengo que agradecer la estupidez de Katharina"



Otra explosión sacudió la casa, esta vez con suficiente fuerza para hacer vibrar el cristal de la ventana.

Ada se levantó, ató la sábana alrededor de su cuerpo y caminó hacia la pared, presionando su oreja contra ella. Escuchó voces a lo lejos. Lucha. Dos mujeres gritando... insultos, amenazas. Sonidos de golpes y magia explotando en secuencia.

Ella frunció el ceño y se acercó a la ventana, empujando ligeramente la cortina. El sonido de algo estrellándose contra una estructura de hormigón hizo que el cristal vibrara.



Afuera, en medio de la destrucción del jardín, lo vio.

Zafiro volando.

Literalmente volando—lanzada como si no pesara más que una almohada. Su cuerpo describió un torpe arco en el aire antes de chocar con el tronco de un árbol, que se agrietó al impactar. Antes incluso de caer, la figura de la mujer desconocida avanzó, agarró a Sapphire por el tobillo como si sostuviera una bolsa de compras y la estrelló contra el suelo.

Otra vez.

Y otra vez.

Y otra vez.

La tierra, la hierba y las rocas volaban por todas partes.

Ada permaneció congelada por un segundo, con los ojos muy abiertos.

"...Ese era Hulk golpeando a Loki..." murmuró con la boca medio abierta.
"Como... escena por escena. Joder."

La misteriosa mujer levantó a Sapphire nuevamente, ahora sonriendo como si se estuviera divirtiendo.

Ada dio un paso atrás desde la ventana.





"Está bien. Es oficial. "Me desperté demasiado temprano para esto." Acercó la camisa de Vergil a su cuerpo, miró hacia un lado y murmuró: "Guau..." He estado hablando demasiado últimamente."

Ada bajó los escalones de madera con cuidadosos pasos, la sábana se aferraba firmemente a su cuerpo y la camisa de Vergil en la parte superior se balanceaba ligeramente con cada paso. El sonido apagado del combate exterior continuó —explosiones mágicas, gritos, el eco seco de impactos absurdos. Pero ahora había un ritmo. Una coreografía violenta que sólo reconocieron aquellos que habían estado en batalla.

Cuando llegó al centro de las escaleras, se detuvo instintivamente.

La habitación... o lo que quedaba de ella... estaba en caos.

Parte del techo se había derrumbado cerca de la chimenea. Un enorme agujero ocupaba el centro de la pared principal, exponiendo la habitación directamente al jardín como si alguien hubiera lanzado un misil de diosa a través de él. Fragmentos de vidrio y madera cubrían los muebles, el sofá blanco estaba volcado y la mitad de la alfombra se había incendiado y se había extinguido con lo que parecía ser... ¿cerveza?



Ada arrugó la nariz. Definitivamente era cerveza.

Junto al agujero, como dos estatuas de mármol en medio de la destrucción, se encontraban Vergil y Sephirothy.

Vergil estaba de pie con los brazos cruzados, el pelo desordenado y el pecho desnudo visible debajo de la camisa abierta —parecía el mismo hombre que, hace apenas unas horas, la había... agotado físicamente. Pero ahora su expresión era neutral, casi aburrida. Sólo una ceja ligeramente arqueada indicaba que, de hecho, estaba prestando atención al espectáculo.



Sepphirothy, a su lado, sostenía una taza de té en sus manos. Sí, té. Como si todo esto fuera una representación teatral de domingo por la mañana. Su túnica blanca aún estaba inmaculada, sus ojos dorados se fijaban en la escena exterior con un brillo curioso.

Ada se acercó en silencio, pero Vergil la sintió antes de que ella hablara. Giró ligeramente la cara, lo suficiente para verla por el rabillo del ojo.

"¿Dormiste bien?" preguntó, con la voz seca pero cargada de sarcasmo y —quizás— un rastro de orgullo.

"Cuatro horas", respondió ella, deteniéndose a su lado. "Me desperté con el sonido de explosiones. Y, eh... bueno, mucho dolor..."

Sepphirothy simplemente sonrió levemente sin apartar la vista de la pelea.

"¿Qué está pasando aquí?" Ada preguntó, mirando brevemente la destrucción.

"Sapphire está siendo golpeado por la diosa de la muerte y la guerra, Morrigan. Celta." Sepphirothy dijo con calma: "Se detendrán pronto"

"Ah... cierto." Ada dijo, y Vergil la abrazó desde un costado: "Veamos"

